SUESPOSA

por

ZITA INEZ PONDER

Encontré la siguiente narración entre los papeles de mi padre, al examinarlos en el año 1904, pocos días después de su muerte. Se me ocurrió que podrían interesar a otros, aparte de nuestra familia, y por ello he decidido publicar este relato.

Muchas veces nos preguntábamos por qué cada año iba nuestro padre, en determinada fecha, a Hampstead. Nunca quiso satisfacer nuestra curiosidad, ni explicarnos cómo llegó a su poder el magnifico brillante que llevaba engastado en un aro de oro. Muy a menudo, miraba la piedra preciosa y exclamaba: "¡Sólo Dios sabe las tragedias que tú has presenciado!"

El siguiente documento lo explica todo, menos su repugnancia en relatar su curiosa aventura durante su vida.

. . .

Soy un afortunado industrial retirado de los negocios, y vivo en una cómoda casa rodeado por una amante esposa y cariñosa familia. Pocos hombres son tan felices ni están tan contentos como yo; pero en los primeros años de mi vida mi existencia no fué, precisamente, un lecho de rosas. Lo que voy a relatar explicará cómo empezó a cambiar mi fortuna.

Cuando era muchacho me vi en una situación muy apurada. Mi patrón, un ebanista, murió, y a causa de ello me encontré sin trabajo, sin dinero y sin amigos Mi lecho fué cualquier portal resguardado del viento, y a veces los viejos arcos Adel phi, cerca del Strand, que eran mucho más confortables que la calle.

En mi busca de trabajo por los arraba les de Londres la noche me cogia a me nudo lejos de mis habituales puntos de re poso, y entonces cualquier lugar era bue no para mis cansados miembros.

Una helada noche de mediados de febrero me encontré en Hampstead. Caminaba por un solitario sendero, con la esperanza de encontrar algún punto resguardado de la intemperie donde acomodarme. De pronto oí detrás de mí rumor de pasos. Apresuré la marcha, pero no obstante, fui alcanzado por un hombre que amoldó su paso al mío.

—Hace una noche muy fria—dijo el des conocido.

A la luz de la luna pude ver con toda claridad sus facciones. Era la figura más extraordinaria que podía uno imaginarse; vestía a la moda de cuarenta años antes. Bigote y barba ocultaban su boca, y llevaba el cabello reunido en una corta coleta. Era muy fornido a pesar de su edad, que calculé en sesenta años.

Me sentia tan solo y desamparado que me alegró poder hablar con alguien.

—Hace mucho frío, mucho, señor—contesté.

Mientras caminábamos me observó de